

El Vizconde. Apartémos de la imaginacion un sistema tan maquiavélico. Yo quiero suponer por un momento que el pueblo sea susceptible de extraviarse con vuestras declamaciones: ¿pero las personas de alto rango podrán tambien caer en semejante emboscada?

El Abogado. Si, mi apreciable Vizconde, esto pasa así, y su explicacion excede al alcance de mi entendimiento. Hablad de los Jesuitas á este grave empleado de hacienda, inteligente en libros de partida doble, y lo vereis temblar y ponerse pálido, como si una cuadrilla de ladrones hubiese entrado en su despacho, y el dinero de su cofre fuera ya objeto de su pillage. Pronunciad el nombre de Jesuita ante este venerable magistrado, que vuelve de la audiencia; toda su magestad lo abandona súbitamente, sus cabellos se crizan, sus miradas centellean, y en los transportes de su visible furor, él va antes de comer á tachar el borrador de una tremenda requisitoria. ¿Será extraño, que la comida que debe tomar despues de esta violenta explosion, le cause una indigestion terrible, le ataque una fiebre y muera sofocado de rabia? Tratad de los Jesuitas, con estos jóvenes discípulos del arte de

todas las revoluciones, que se promueven casi siempre con tan infames principios... Si los Jesuitas los profesaban; ¿por qué desde 1767 á la fecha, solos los reinos en que recibieron asilo, se libertaron del terrible azote de la guerra civil? ¿Por qué los que mas los persiguieron han sido devastados? ¡Vaya que los Jesuitas son un portentoso! Animados con tan detestable espíritu abunda el mal donde no están, y el bien adonde moran.—T.

Esculapio, al momento los oireis vociferar, como si todos los demonios del infieruo fuesen en su seguimiento (1). Nuestras gentes de toga y hombres de espada, nuestras damas de mediana alcurnia y divinidades de gran tono, todos pierden la chaveta al solo nombre de estos miserables Jesuitas, que ocultos en un rincon, se asombran, no sin motivo, de causar tal espanto y de inspirar tanto terror. Un viejo gentil-hombre de Auvernia, gótico campeón del feudalismo, se pone á delirar, que todo el mal del universo sobreviene por los Jesuitas y el Clero: hace imprimir sus sueños, y se le escucha como á un ángel bajado del tercer cielo. Un serio magistrado se propone exigir la responsabilidad á los ministros, no por su detestable ley del sacrilegio, ni la del tres por ciento, sino por la invencible razon, que no quieran expulsar esta canalla jesuítica, cuya existencia compromete evidentemente la salud de la monarquia francesa; y al punto nuestros grandes publicistas de mostrador y filósofos de café suenan las manos y saltan de alegría. A la verdad, cuando veo lo que pasa, caigo desmayado algunas veces á la inestinguible fuerza de reir, á la manera de los dioses de Homero. Id á decir á nuestros parisienses y á nuestros bellos ingenios de provincia, que todo el mal no viene de los Jesuitas, y vereis como

(1) Esto no habla con el reducido número de los que aun se mantienen en la escuela de M. Broussais, nuevo campeón de la espirante *Frenologia*, en reconocimiento sin duda, de que antes que su maestro, ya habia dado al *ontologista* Brown una herida profunda, la pluma de un.... Jesuita.—T.

os reciben. Os tendreis por feliz si en lugar de una zurribanda, solo se contentan con mantearos como al famoso Sancho panza de burlesca memoria.

Segun esto, Señores aristócratas, lisongeos toda-
via de podernos dominar. Que pasen algunos meses, y mandaremos al pueblo á destrozar á los *reverendos Padres de Monte-Rojo y Saint-Acheul*. Si los ministros son muy pusilánimes para temblar delante de una estola, nosotros sabremos enseñarlos á vivir, y veremos si tienen valor de ponernos á los Jesuitas.

El Vizconde. Señor Licenciado, yo os agradezco con todo mi corazon, haber combatido en mi favor con la mejor gracia del mundo. Pues que la masa de vuestros lectores cree, sobre vuestra palabra, todas las consejas, que os place divulgar cada mañana, es menester convenir, que el espíritu verdaderamente filosófico es bien raro en el siglo XIX., y que este desencadenamiento contra los Jesuitas es una verdadera manía, que vá á divertir á costa nuestra á la posteridad mas remota.

Mas, no nos divaguemos: ¿creis vosotros de buena fé, que vuestras gentes no tomarán jamás en las manos los periódicos de la aristocracia? ¿Pensais, que no llegarán un dia á desconfiar un poco de vuestras perpetuas mentiras, y fanáticas declamaciones?

El Abogado. ¡Me haceis reir con vuestra buena fé! ¿No les decimos nosotros diariamente que los periódicos de la aristocracia son redactados por *mata-candelas*, y que un hombre ilustrado no debe leer ja-

más semejantes necedades? Nuestros adictos creerian ciertamente deshonorarse, si tuviesen la temeridad de dirigir aun de paso la vista por estas tristes páginas, tan justamente abandonadas. Entrad en los cafes de nuestras grandes y aun pequeñas ciudades; echad vuestras miradas sobre los que frecuentan estos lugares, y los vereis disputarse los periódicos de la filosofia, al mismo tiempo que los del antiguo regimen, ó nadie los toca, ó solamente son leidos por algun recien venido de un cortijo.

¡Ah Señores aristócratas! creedme, desocupad el puesto. Retornad, si es posible, bajo vuestras viejas almenas, hasta el gran dia en que volvamos á desalojaros por segunda ocasion. Vosotros debeis comprender, que nada teneis que hacer en el mundo en que nosotros vivimos; gritad, declamad, esgrimid la pluma de cuantas maneras podais, estad seguros que no se os escuchará, y aunque escribais como un Bossuet, un Fenelon y un Dechamps, estad ciertos que no se os atenderá. Creedme, pues, retiraos pacificamente á vuestros antiguos castillos, ya que la revolucion os los ha querido dejar para que los disfruteis: allí podreis á toda vuestra voluntad, maldecir y jurar contra la locura del siglo, chochear como nuestros sándios abuelos, y tambien en vuestro zelo fanático, escribir la apologia de los Jesuitas, que ninguno leerá.

¿No tenemos nosotros razon de aprovechar las buenas disposiciones de este publico benévolo, y de marchar á nuestro término, sirviéndonos de su creduli-

dad, que nosotros decoramos con el pomposo título de filosofía? ¡Las palabras! querido Vizconde, ¡las palabras! Yo lo repito, este es un poder formidable sobre el espíritu de los hombres vulgares. Con palabras: ¿lo entendéis, mi amigo? yo conseguiré destronar al gran Turco, haré divinizar á Maximiliano, Robespierre y:::

El Caballero. Basta, mi caro amigo, me veo obligado á interrumpiros, á vista de la sangrienta sátira que acabais de hacer del siglo en que vivimos. Si nuestros francéses os escuchasen, entended que pudieran muy bien apedrearos, y que para vengarse de vuestros desprecios, serian capaces de ponerse bajo la proteccion de los detestables hijos de San Ignacio. Por lo que á mí toca, os declaro francamente, que esta discusion me ha hecho poner mil veces encendido el semblante, y que ya comienzo á dudar un poco de las famosas luces del siglo XIX.

El Abogado. Con mucha precipitacion cantais la palinodia y os alistais bajo las banderas del jesuitismo; con tal conducta nunca seréis sino un pobre filósofo; mas respondedme: ¿este pueblo es el único, que constituye la fisionomia de un siglo? ¿se juzgará de nuestros contemporaneos por nuestros políticos de sala y liberales de café? Advertid bien que yo llamo puebló, no solamente á los artesanos y labradores, sino á todos estos hombres de mediana y alta fortuna, que jamás han sabido pensar por sí mismos, y están destinados á buscar su opinion en el seno de un corrillo,

ó en los artículos de un periódico. Todo este mundo nacido de esta suerte, se dá á conocer en la balanza: los hombres deben pesarse y no contarse: ¿comprendéis este axioma, mi amado Caballero? Poco nos importa que este pueblo, grande y pequeño, sea ó no ilustrado, con tal que se lisongee de serlo, y que en esta conviccion obre en el mismo sentido que las gentes hábiles. Yo, no por esto, sostengo menos, que el siglo XIX. es el de la razon; y tengo certidumbre, que dará bien pronto al universo un ejemplo memorable, que no permitirá dudarlo.

El Vizconde. Hacedme el gusto de confiarme vuestros sublimes proyectos; me atrevo á suplicaroslo, no dudando de vuestra complacencia, y ofreciendoos mi discrecion, con la que pienso contaros.

El Abogado. Ciertamente cuento con ella, pues á pesar de vuestras preocupaciones, repito, que os tengo por un perfecto hombre de bien. Voy á complaceros sinceramente, y quisiera de muy buena voluntad comunicaros aunque fuese un poco de las luces, que nos inundan; mas el tiempo es buen maestro y él os corregirá.

Cuando nosotros háyamos conseguido desterrar á los Jesuitas, haremos tambien expeler á los eclesiásticos, si no quisieren manifestarse dóciles á nuestros proyectos de reforma. Para ganarlos es absolutamente necesario separarlos del Papa, y para aniquilarlos, esta condicion es tambien de toda necesidad. Véase por qué nosotros gritamos como rabiosos contra los *ultra-*

montanos, y por qué nos hemos convertido, con grande asombro de los espíritus vulgares, en los infatigables campeones de las libertades de la Iglesia galicana. Ello es risible, á primera vista, oír á los redactores del *Courrier* y *Constitutionnel* tratar de Teología y controversia; y multitud de necios, que no descienden al fondo de las cosas, se han divertido de ver á estos flamantes Padres de la Iglesia; mas se deja hablar á estos mentecatos, que el papel de Tartufa no siempre puede desdeñarse.

Una vez desembarazados de los sacerdotes, daremos cuenta de los Reyes, y á nuestra imitacion en los países republicanos, de las autoridades *que no sean liberales* por excelencia, y en veinte y cuatro horas la caida de los gobiernos seguirá á la destruccion del altar. Entonces renacerá la augusta libertad, aparecerá sobre la tierra el siglo de oro: esta es mi única esperanza y mi consoladora certidumbre. Creedme, mis amigos, coloquémonos todos bajo los estandartes de la filosofía, y esperando la hora afortunada de nuestra absoluta y omnimoda emancipacion, vaciemos esta espumosa botella de champaña, y brindemos los tres á la próxima y total felicidad y bien estar del género humano.

NOTA.

Por sabrosos Postres de este Banquete, ofrecemos á nuestros lectores, una ligera reseña de los actuales trabajos de los Jesuitas, y del progreso que cada día adquieren, en número de sugetos y establecimientos, dedicados unos á sus loables ministerios entre católicos, otros á la educacion cristiana y literaria de la juventud, y no pocos á la conversion de los idólatras, cismáticos, hereges y mahometanos.

Los nuevos adversarios de la Compañía, no pudiendo negar absolutamente sus importantes servicios; y constantes siempre en calumniarlos, aseguran, que la utilidad del establecimiento de los Jesuitas no ha correspondido á la expectacion pública; mas las gentes imparciales y sensatas admiran sus trabajos, y reconocen que no hay corporacion alguna que pueda competir con la de Loyola, y por lo mismo se esfuerzan en proteger y adelantar sus casas, burlándose del tenaz empeño con que los persiguen en todos los países, los decididos enemigos de la Religion y orden social.

Estas noticias sirven igualmente á demostrar, que los ilustrados sugetos, que pretendieron en México su restablecimiento, no obraron por ilusion y ciego fanatismo, sino convencidos por lo que pasa en el mundo entero; que para educar en la piedad y letras á los juvenes, moralizar á los pueblos, civilizar y atraer á la verdadera Religion á las tribus bárbaras, de todo lo

que deben resultar incalculables bienes á nuestra cara é idolatrada pátria, no hay maestros mas propios, sacerdotes mas dedicados, ni mas zelosos misioneros, que estos Jesuitas, deseados de todos los buenos y perseguidos de un puñado de.... preocupados.

Gustemos, pues, de estos sabrosos bocados, que no pueden amargar las calumnias de Palafox, los delirios de Zaorowski, los embustes de Pascal y los embelecocos de Mariana, mientras la Providencia divina, á quien nada resiste, nos dá á gozár los suavísimos frutos que en todo el orbe produce despues de veinte y siete años de su restablecimiento la Sagrada Compañia de Jesus, en quien se verifica hoy nuevamente la promesa que el Hijo de Dios hizo á su Santo Fundador. *Ego vobis propitius ero.*

En carta de 24 de Noviembre de 1835, se expresa así el P. Pablo Riccadonna hablando de las misiones de la Siria.

„He aquí dos residencias en pie, mas con solas las paredes. Vosotros, que acaso vendreis despues á misiones fundadas, hallareis alguna cosa; pero nosotros á quienes ha tocado la fundacion, os aseguramos que vivimos á lo árabe errante. Un pedazo de palo concajado me sirve de cuchara, y bebo en una escudilla hecha de pellejo, un vaso negro de tierra cocida, único, me sirve de olla para toda comida y bebida: ¿mas qué comida y bebida? Un poco de arroz cocido y un pedazo de pan son mis banquetes diarios. El vino, juzgo, que ahora me haria daño solamente verlo,

tanto me he acostumbrado á la sola agua. Imaginad conforme á esto qué será lo demas.—El P. Planchet, de la nueva residencia del Sagrado Corazon entre los árabes del desierto, me repite siempre en sus cartas: „Escribid á los nuestros, escribid á los nuestros, que por caridad nos manden alguna cosa.” El pobrecito vive como beduino entre los mismos beduinos. Hace tiempo lo visité y lo he encontrado que se hallaba casi sin alimento, y tal vez perfectamente ayuno hasta ponerse el sol, siempre ocupado en hacer bien y trabajar en fabricar su pequeña morada, toda de su mano. Hace algunos meses ha servido intrépidamente, á los apestados del *ava-affar*, especie de cólera morbo, ni se ha retirado viendo caer enfermos á dos de sus compañeros en esta obra generosa, y cuando finalmente por las muchas veces que respiró el pestilente hálito de aquellos moribundos infectados, se sintió atacado del mal, tomó un fuerte purgante y sanó dentro de dos dias; mas yo creo, que no lo curó el purgante con tanta prontitud, sino el Santísimo Corazon de Jesus, protector de aquella nueva residencia, que lleva su nombre. Cosa edificante seria contar cuanto hizo nuestro P. Planchet en el tiempo de aquella peste; pero mucho mas largo y digno de compasion referir el estado de aquellos pobres árabes apestados. El me contó, que hallaba familias numerosas tiradas todas en el suelo, sin voz, sin fuerzas, y casi sin vida, pues se encontraban moribundas, sin el mas mínimo socorro, ni temporal ni espiritual....

La violencia del mal ya habia pasado, cuando estuve, y aun morian nueve ó diez al dia de todas sectas, lo que observé durante los quince dias que permaneci allí. En aquella mision, ademas, hay mucho que hacer y sufrir, principalmente por la falta de toda comodidad, por las sectas infieles que allí moran, y por las numerosas carabanas que transitan..... un misionero maronita que acompaña al P. Planchet, llevaba á un apestado el Sagrado Viático en una cajita, como se usa entre los infieles, y un soldado egipcio, antes griego cismático y hoy musulman, reflejando por su modestia lo que llevaba, lo asaltó, lo golpeó y echó á tierra, le ensangrentó la cara con piedras y á puñadas, le arrebató la santa hostia, é injuriando al sacerdote y blasfemando del Sacramento, la pisoteó muchas veces. El P. Planchet escribió á los cónsules á Bairut, pero inútilmente, porque estos egipcios, tan lejos de proteger á los europeos, como nosotros creíamos, los insultan cada dia mas, á los marineros, comerciantes, misioneros, y aun á los mismos cónsules. Otro hecho sucedido en la persona del P. Planchet prueba lo que digo, y su pericia en el árabe; y cuanto este nuestro jóven misionero se ha hecho árabe por el bien de los árabes. Venia él solo y vestido á la turca del al-maallaka á Zaanhln, á pie, como casi siempre lo hacia para sus correrias espirituales: llegando á la rivera del rio Al-bardauni, lo asaltaron varios insolentes egipcios y lo obligaban á conducir agua á la cima de cierta colina. El se rehusó

diciendo ser europeo, y no tener ellos derecho de ponerle las manos encima, y de libre hacerlo esclavo. Los egipcios seguan violentándolo, diciendo que mentia, y que segun la lengua, el trage y modales, no se conocia fuese europeo, sino hijo de esclava árabe y criado entre ellos. El buen misionero, que tenia otra cosa mas importante que hacer, que llevar agua al monte para las tropas del Bajá de Egipto, viéndose tomado de la mano por uno de aquellos atrevidos y llevado hácia el campo egipcio, comenzó en francés y en árabe á protestar, que era europeo y francés, y que lo reconocieran sin duda delante del Bey su general. Los egipcios mirando aquel resuelto modo de hablar, lo dejaron, vengándose de él con algunas injurias y burlas: yo creo que el P. Planchet recibió un singular favor de su San Francisco Regis, para contener á este árabe.—El predica y confiesa con admiracion de cuantos misioneros lo conocen, y tienen razon de maravillarse, porque muchos de ellos que han vivido aquí diez y ocho, veinte y treinta años, no hablan todavia bien esta lengua: ¿pero qué digo no hablan bien? Un misionero de diez y ocho años aun no entiende, ni se hace entender bien; y muchos con todo su estudio de gramática se hallan avergonzados, de que en una larga conversacion con los árabes, no entienden una sola palabra.—Esto pide grande ejercicio entre los árabes mismos, y sobre todo, zelo, paciencia y oracion.—El P. Planchet continúa ahora en hacer gran bien á las almas y á los cuerpos en las dilatadas